

## ELOGIO DESMEDIDO DE DAMASO ALONSO

Cuando en el desastrado ambiente cultural de la postguerra civil aparecieron los libros Oscura noticia e Hijos de la ira, ocurrió como si en el pecho de todos los lectores de poesía se hubiese detectado un ligero temblor de esperanza, perceptible en medio de la desolación y del absurdo triunfalismo. Dámaso, Damasico, con tanto miedo en el cuerpo como el que más, el chico estudioso, el profesor bajito y sonriente, se había atrevido a romper el coro de los poetas falangistas y el orfeón de los poetas celestiales que, alimentados de los despojos de Garcilaso, ponían una macabra música de fondo a los desmanes de la dictadura.

Sus hijos de la ira, sus poemas, además de entroncar con la rota línea de la mejor poesía del grupo de 1927, devolvieron el coraje de escribir a poetas como Blas de Otero, Victoriano Crémer, Gabriel Celaya, Eugenio de Nora, José Hierro, Carlos Bousoño y otros que siguieron. No importa que más tarde, y por explicables, pero no perdonables, exigencias ideológicas de eficacia (?) política, ciertos de los poetas citados y otros aún en peor grado, sacrificasen la calidad literaria, el trabajo bello y bien hecho que ha de ser un poema, en aras de una pretendida comunicación directa con el pueblo, cometiendo así un doble error: escribir mal y demostrar su desconocimiento de lo que es el pueblo y de lo que debe ser la poesía.

Pero Dámaso Alonso continuó alternando su trabajo como filólogo con sus quehaceres de poeta. La pasión por Góngora y por la poesía barroca española le ha llevado montones de días y horas de consultas, escritos, trabajos y cotejos. Para no cansar: estudió además la poesía de tipo tradicional, las jarchas, Gil Vicente, Medrano, Juan de la Cruz, y trabajó con Amado Alonso en tres libros sobre poesía española en los que

aplicó la estilística y el formalismo a la crítica literaria.

Para el tiempo: su casa en la llamada en aquellos años Avenida de la Luz, en Chamartín de la Rosa, comienza a verse asediada por altos edificios. Dámaso observa con hostilidad y cabreo el acercamiento de los horrendos bloques, ve desaparecer la casi inexistente Avenida y surgir en su sustitución la ancha calle Alberto Alcocer; el tranvía 14, que sus amigos y discípulos empleábamos para ir a verle, y él para desplazarse al centro, deja paso a una línea de autobuses. Ya nadie reconoce allí al que antaño fué llamado "barrio de las cuarenta fanegas".

Con Hombre y Dios continúa Dámaso Alonso con su vocación de escritor desesperanzado que se aferra a la esperanza, del pobre Dámaso contento de estar vivo, pero temeroso ante el dolor y la muerte. Siguen sus publicaciones sobre literatura española: De los siglos oscuros al de oro, Primavera temprana de... Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos, y otros títulos que me dejo. Es elegido Director de la Real Academia Española, y para celebrarlo dobla su trabajo, como un forzado, con el entusiasmo de un joven profesor de recién estrenada licenciatura.

Pero la hostilidad de la capital, de este Madrid que ha pasado de ser una ciudad de más de un millón de cadáveres a una cárcel de más de tres millones de reclusos, no cesa. La casa de Dámaso Alonso está emparedada entre dos desastres arquitectónicos, que bordean su jardín. El propietario de la pequeña franja de terreno que da fachada a la calle Alberto Alcocer, por donde tiene acceso la casa de Dámaso, cedió a un empresa de publicidad el derecho a la colocación de unas grandes vallas anunciadoras: era el encierro total. Pero me cuentan Lali Soldevila y Jaime Borrell que los obreros que estaban colocando los grandes armatostes publicitarios, oyeron con asombro a un señor bajito y calvo gritar, con entusiasmo

entusiasmo, dentro del jardín: "!Eulalia, hija, ven, están tapándolo todo, están tapándolo todo, qué suerte, ya no veremos ni oiremos nada!".